

## Capítulo 3 AMOUR FOU FUL

*Love is a many-splendored thing  
[...] Lovers kissed and world stood still<sup>39</sup>*  
Paul Francis Weber

En el laboratorio se pueden pasar muchas horas. La sed del conocimiento puede volverse muy obsesiva... para quien la padece. Cuando sales, cuando llegas a casa, no tienes ganas de tratar con nadie como no sea tu neurona de guardia: tu marido, tu madre, tu novio, tu hermana la pequeña, tu hijo te piden lo normal, lo conocido. ¿Y lo bueno por conocer?

“La ventaja de follar es que se conoce gente”, recitábamos en nuestra ingenuidad hace tres décadas, espoleados por el nuevo desorden amoroso que tan tarde llegó a las Españas y que tan bien retrató Almodóvar, ese manchego costumbrista. Recordad: “una cosa es la libertad y otra, el libertinaje”, nos decían los franquistas aperturistas. Y ahí estábamos muchos, tratando de libertinajear en la charca de los deseos; con éxito limitado, es verdad. Las había tan osadas que, Doñas Juanas al fin, hacían —y siguen haciendo— inventario de con cuántos se habían frotado por tierra, mar y aire. Bien, ése era el contexto sexual y obrero a finales del franquismo. La libertad que se demandaba del régimen político era en realidad, y únicamente, la desaparición de la represión sexual debida a la carandia católica. Si Franco levantara la cabeza, vería que lo de “atado y bien atado” acabó enseguida por su propio error, simplemente porque no se dio cuenta de que, permitiendo el hedonismo, su régimen habría pervivido. Claro que, en realidad, ha pervivido, príncipe de Salina<sup>40</sup>.

Pero el contexto albergaba muchos nichos ecológicos. Uno era el científico. ¿Cuánto desorden amoroso había en los laboratorios? Muy poco o nada. Claro, chismorreos siempre había, pero no debe olvidarse que buena parte de la ciencia española estaba dominada por el Opus Dei desde la época en que Florentino Pérez Embid y José María Albareda, compañeros de José María Escrivá de Balaguer en sus primeras horas, habían usufructuado la herencia del malhadado José Castillejo, predecesor republicano en lo que antes del “CSIC” se llamaba “JAE”. Así que triunfo del retrocatolicismo: bodas sí, ligues no. Y sí, muchas bodas hubo entre compañeros de trabajo, y hasta convivencias “íntimas” entre compañeros de trabajo del mismo sexo. Pero con poco alboroto erótico.

<sup>39</sup> El amor es una cosa maravillosa [...] los amantes se besaban y el mundo se paraba. (Traducción del autor).

<sup>40</sup> No es éste el lugar de discutir ampliamente este aserto. Medítese, para abrir boca, sobre cuán poco influye nuestro voto electoral en la política real.

### ¡AH, QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!

–Claro, nos quedábamos hasta tarde y todo el rato, todo el rato pensando en el experimento y, claro, pues no teníamos tiempo de buscar novio –me reconoce Pili Resano, una Carrie Bradshaw de setenta años– pero sí, nos divertíamos; bueno, lo intentábamos.

–Hombre, Pepito Duque era feo, sí, y cuando hablaba no se le entendía mucho, pero se sabía unos chistes muy divertidos y, en fin, había que casarse, ¿no?; no se podía hacer otra cosa en esa época, ¿verdad? –recalca Manoli Chiscano, viuda alegre del profesor Duque.

–También hubo grandes amores, no os creais –tercia Maruja Velasco, una prejubilada que se sabe muchas historietas de la era autárquica.

–Cuenta, cuenta –le urge Pili.

–Pues sí, ¿no os acordais de Don Federico Guillot, el catedrático aquél de botánica que fue también director del Jardín Botánico? –pregunta Maruja.

–Yo, la verdad... ah, sí, ése que iba a clase con pistola –cae Manoli– ¿pero no había sido republicano?

–Sí, republicano y todo, algo represaliado estuvo, pero iba con pistola, por si las moscas; pero no es eso lo que yo os iba a contar –responde Maruja.

–Venga, mujer, que nos tienes en ascuas, que a mí esas cosas del amor todavía me hacen un qué-sé-yo por dentro –la anima Pili con sonrisa traviesa.

–Pues érase una vez una becaria, que se llamaba M<sup>a</sup> Antonia Ton; sí, su padre le había puesto ese nombre porque le hacía gracia; ésta era una chica poquita cosa, muy modosita, tenía un aire como de japonesita, hablaba pausado, mirando siempre al suelo; era muy trabajadora, os la imagináis ¿no?

–Ah, sí, es la actual catedrática de botánica; claro, muchos años más tarde ocupó la que había sido de don Federico; ahora anda persiguiendo el Nobel con unos experimentos inverosímiles, algo así como fertilizar el desierto lanzando esporas con paracaídas –rememora Manoli con los ojos en blanco.

–Eso es; bueno, pues don Federico bebía los vientos por ella: le llevaba rosas, la llamaba continuamente al despacho, pedía al bedel que los pliegos del herbario siempre se los llevara M<sup>a</sup> Antonia a su despacho; la llevaba a casa en un Renaul Dolfín que tenía; la invitaba a cenar.

–¿Y ella?

–Ella, nada; le sonreía, le reía alguna gracia, le consultaba dudas, pero nada más.

–¿Pero nada, nada?

–Nada de nada, no era como en los culebrones de becarias que dan ahora por la tele. Era una cosa ¡qué sé yo! más romántica. Y don Federico estaba casado, que yo conocí a la mujer, y tenía cuatro hijos. Pero nada. Y el hombre, que era un ogro en realidad, de armas tomar, se comportaba con ella como un corderito asustado.

–Pues qué pena, hija, ¿y sabes cómo acabó la cosa? –pregunta Pili.

–Normal, acabó normal, no te vayas a creer; don Federico se dio cuenta un día de que no había nada que hacer, que estaba haciendo el ridículo, vamos, y empezó a dedicar sus atenciones a una alumna más guapa que M<sup>a</sup> Antonia, y esa alumna acabó su tesis con la máxima calificación y se marchó del departamento para trabajar como peeneene en una universidad que se acababa de abrir.

–¿Y lo de Carlos Alberto Sevilla, qué me decís?; esa historia sí tiene más intríngulis –asegura Maruja.

–El caso es que yo sí había oído algo, pero como hace años que no veo a Maruca –dice Pili.

–Ah, sí, Maruca, la pobre, pobrecita, ¡cuánto se desquició cuando la dejó Carlos Alberto! –se duele Manoli.

–Es que Carlos era un castigador terrible; yo no sé, yo no sé qué tenía, bueno, qué tiene ese hombre, qué las da; a mí, la verdá, nunca me dijo nada, tan seco, tan así, ¿no? –se extraña Pili.

–Pues, chica, yo tampoco lo sé, pero ahí lo tienes: chica jovencita, mona, de buen ver que pasaba por el departamento, chica que se la llevaba al huerto.

–Claro, como eran de fisiología vegetal iban al huerto a estudiar fisiología animal –dice Pili.

–Ay, chica, qué chiste más malo, a ver si te buscas otros mejores –le reprocha Manoli.

–Bueno, el caso es que, como era el catedrático, les dirigía la tesis, intimaba con ellas y luego conseguía que les dieran un contrato de profesoras-ayu-

dantes; de todas las mujeres de su departamento, al menos seis, que yo sepa, han conocido hombre con Carlos; o sea, que tiene un harén, pero de ex –asegura Maruja.

–¿Y las tesis?

–Bueno, las tesis se hacían de aquella manera y casi todas se acababan; Carlos era de los que decía “si te faltan puntos en la gráfica, los multiplicas por cuatro y ya tienes puntos suficientes”.

–¡Hay que ver qué trueno!

–Sí, en todos los sentidos.

---

El laboratorio como lugar de encuentro de futuras parejas es un sitio poco romántico, pero a todo debe acostumbrarse uno; al fin y al cabo, eso también era un reto, aunque entonces no se llamara así, sino “pica en Flandes”. Luego vinieron los congresos científicos<sup>41</sup>. ¡Gran invento hedonista, a fe mía!, aunque escasamente utilizados para el menester erótico, en comparación con los congresos de médicos, cineastas y escritores, gente toda más desinhibida que los científicos. Los congresos facilitaron las relaciones, los escauceos, las caricias en atmósferas alejadas de la tierra cotidiana. Con el pretexto de la ciencia, la gente salía en pandillas por las ciudades nocturnas, acompañándose de algún científico de la ciudad congresual y... a divertirse.

Sí, muchas alegrías de la carne se forjaron en los congresos, casi tantas como las del espíritu. Algunas todavía duran. Parece como si la libido se relajara lejos del laboratorio. Porque, hay que reconocerlo, todavía se liga poco en los laboratorios. Las empresas, con sus comidas de empresa, sus cenas de navidad, la máquina del café, el chiscón de la fotocopiadora, dan más juego para la sustitución de parejas. Los laboratorios, no, aunque haya excepciones. Y no sólo entre los jóvenes.

---

### ¡ÁNDELE, ÁNDELE!

Mario Guadalix del Arce llevaba ya treinta años casado con Tomasa Fernández Meroño, ama de casa. Mario había llegado a la condición de prejubilable por decisión propia, quince años antes de la edad legal. Decía que no le daban proyectos de investigación, que el tema en el cual era experto reconocido –el neutrino– ya no estaba de moda. Así que no hacía nada; bueno, nada, no; jugaba al Tétrix en el ordenador, tomaba cafés y aperitivos, repar-

---

<sup>41</sup> Véase el capítulo 91 (SARAOS).